

NEXUS

# Periferias de segundo orden

VIRTUDES Y DESPROPÓSITOS  
DEL REGIONALISMO



JONATHAN ALLEN

Cuando el CAAM se inauguró con aquella magnífica exposición *El Surrealismo entre el Viejo y el Nuevo Mundo*, retumbaba en nuestros oídos la ideología de la tricontinentalidad, que más que un auténtico pensamiento o praxis intelectual era un compendio de ideas tomadas del americanismo canario, de los estudios Canario-Africanos y Canario-Latino Americanos que llevaban dos décadas funcionando en coloquios y publicaciones especializadas. Negar una vertiente africana de la historia canaria resultaría absurdo, ya que forzosamente existe una re-

lación con Africa, aunque, paradójicamente, esta relación no es aceptable para los postulados de la tricontinentalidad que presupone la existencia de interrelaciones culturales cuando sólo han existido tratados comerciales, explotación y, en épocas iniciales, esclavismo. La verdad es que nuestra relación cultural, pasada y presente, con el continente africano, es y ha sido patética en términos de rendimiento y creación cultural. Sólo encontramos ciertos préstamos formalistas del arte africano en algunos artistas o en determinadas etapas del arte canario. For-

malismo y casi nunca penetración en la historia de un país, vagas declaraciones de intención, ferias de artesanía y turismo, comercio y más comercio. África es poco más para nosotros, y en realidad no la llevamos en nuestro corazón, y mucho menos en la mente, ya que no hay cursos concretos de historia africana en los programas de la educación media canaria, y las “aulas de estudios africanos” en la universidad son incipientes experiencias.

No podemos presentar lo africano en Europa, a pesar de que decimos, ociosamente, “que somos africanos”, y que nuestros antepasados eran parte del tronco racial líbico-bereber. Confundimos, peligrosamente, la ubicación geográfica con la pertenencia espiritual y la relación cultural. El mero dato geográfico se extiende hasta valer como entrada a una presunta realidad africana, no-europea. Recuerdo una coincidencia irónica cuando se estaba montando en el CAAM la controvertida *Africa Hoy*, aquella rutilante colección francesa comisariada por André Magnin. En el Puerto de la Luz se encontraba el cuerpo sin vida, flotando en la bahía, de un tal Mohamed Fofana, un don nadie más africano que había querido “entrar” en Canarias ilegalmente. Aún hoy se están esclareciendo las circunstancias de aquel “crimen” o “accidente”, en cuyo turbio trasfondo se agitaban acusaciones de una red semi-oficial dedicada a la repatriación de ciudadanos africanos ilegales. Hace pocos días, en una zona cercana a donde se encontró el cuerpo ahogado, la Policía desalojaba un barco ruinoso en cuyos camarotes pernoctaban africanos, en condiciones infrahumanas.

Aunque no lo dije en un artículo de periódico, era como aceptar la estética y la cultura mientras rechazábamos el cuerpo y la inmigración. La cultura pavimentaba la vía para sus in-

tercambios y la Ley de extranjería seguía siendo la misma, dura e inflexible con ciertos aspectos de la inmigración ilegal. Desde entonces, ha habido mejoras en el tratamiento de la ilegalidad inmigrante, aunque la cárcel y la expulsión son el colofón a tantas ingenuas esperanzas de fuga. Los países y las naciones mantienen crueles fronteras, porque los intereses de las etnias son y serán poderosos.

Por todo esto, siempre desconfío de la posible implantación de la multirraciedad cultural o el multiculturalismo en Canarias. No por prejuicio ni desdén, ya que la mezcla de las razas es una de nuestras tablas de salvación, capacitados como estamos para remediar la injusticia estructural del Norte-Sur. Sencillamente porque nuestra conciencia como pueblo y nuestros conceptos de autodefinición sólo incorporan parcial y tímidamente lo africano, más aun ahora que estamos vinculados a la Unión Europea, y que ya no tenemos el albedrío comercial que anualmente nos proporcionaba miles de millones en exportaciones a Mauritania, por poner un ejemplo. A la vez que reivindicamos una política exterior canaria, (siempre dentro de un marco de posibilidades constitucionales, ya que somos, activa y pasivamente españoles), tememos los efectos de la inmigración, la mezcla de las sangres, la fusión de las culturas y la africanización de nuestra variopinta sociedad.

¿Podemos pues decir que lo multicultural en Canarias fracasa por motivos puramente racistas y por deformación del prejuicio? Exclusivamente no, aunque nuestra sociedad es notablemente cerrada a la mezcla de sangre blanca y africana. El multiculturalismo se conquista desde el interior de una sociedad, y no por virtud de encrucijadas geográficas; no es una opción más en el catálogo de ofertas plurales que caracterizan a la

cultura finisecular, aunque a veces se venda así, dada la inherente tendencia a comercializar las innovaciones intelectuales. Lo multicultural es la programación de departamentos universitarios y la lectura radicalmente contrastada de problemas de integración social, paro y marginación. Presupone un equilibrio tácito aunque no necesariamente estable entre cultura receptora y cultura “nueva” o incorporada, y no se puede gestionar como un recurso político, ni orquestar. Algo había en *Africa Hoy* de sospechosa orquestación europeísta, de segura recepción del vital, colorista arte africano. Una reciente exposición del CAAM, *Otro País*, comenzaba a deshacer aquel primer entuerto involuntario con respecto a África. *Otro País* alineaba mundos vinculados y latitudes diferentes, y así, aunque fuera tranquilamente, abría otra perspectiva. Falta el próximo eslabón, que es yuxtaponer sin más lo africano y lo europeo, lo nacional y lo regional, buscando ideas temáticas y no emplazando estéticas localizadas, que viene a ser nada más ni nada menos que el último estertor del coleccionismo europeo, de la vitrina antropológica europea bien surtida de trofeos africanos artísticos.

Uno de los pilares del multiculturalismo, tal como lo exponen los críticos y teóricos cubanos que escriben en *Atlántica*, es la apropiación de los ismos y gustos centralistas para fundirlos con la producción nacional de aquellos países “pobres”, (el “Tercer Mundo”), aunque culturalmente potentes. La apropiación, sin lugar a dudas es uno de los emblemas mentales de la Periferia global militante, frente a un centralismo más figurado que real, dada la disolución de las certezas en tantas tesis de exposición de grandes museos europeos y norte-americanos. El diálogo Centro-Periferia es ya algo caduco, y si conti-

núa esgrimiéndose, se convertirá en rabieta. El multiculturalismo ha superado ya su primigenio estado de defensa de postulados y propaganda. Ahora, estamos expectantes ante la coexistencia de las manifestaciones culturales, y si en efecto lo multicultural en el arte y en el pensamiento podrá revolucionar la marginación histórica de los jamaicanos en Londres o los negros brasileños en Lisboa, o cómo el islamismo moderado o extremista coexistirán en la nueva sociedad francesa.

El factor de lo periférico y de la periferia debe revisarse asimismo, pues el acto de ser “periférico”, como lo es Canarias en su relación geográfica con Europa, (incluyamos Cerdeña, Chipre, Madeira y otras regiones lejanas de la ex-Europa del Este), no presupone inmediatamente la condición de “cultura diferente”, nacional e históricamente distinta a la cultura oficial de las metrópolis rectoras. Somos “africanos” geográficos y periféricos reales, y nuestra vinculación con Europa recoge estas diferencias en documentos político-administrativos que compensan de algún modo la lejanía. Sin embargo, en la estética y en el arte, Canarias apenas se articula en torno a una plataforma multicultural actuante desde la periferia europea con una sensibilidad distinta, sino que tiende, tangencialmente, a incluir lo latinoamericano y lo africano en una tricontinentalidad que le permite pertenecer a una comunidad virtual polirracial y plural, y no exclusivamente “nacional” y “española”.

Tenemos una comunidad hindú casi centenaria en Las Palmas que se aferra a sus tradiciones y nunca ha querido compartirlas y abrirlas a una sociedad que le compra *radiocassettes* a buenos precios. Hay poblaciones flotantes de chinos, coreanos, japoneses en función de Canarias como punto estratégico para la industria pesquera. Existe una comunidad palestina y

otra judía. Cada una de estas razas o grupos tiene permisos de residencia en regla. Después están los africanos que no están asentados en nuestra tierra, que van y que vienen, legal o ilegalmente, que vemos en las calles vendiendo un arte desvirtuado y barato. Podemos, en el lado positivo de la balanza, poner el haber saharauí, y nuestra intensa relación emocional con este pueblo, que quizás sea la etnia mejor aceptada por nuestro ánimo. A pesar de todo esto, no somos una sociedad multirracial. ¿Por qué? En parte porque los grupos y comunidades raciales en Canarias, no articulan ni proyectan mensajes culturales, ni manifiestan sus diferencias en el plano de lo intelectual y artístico. Esta limitación del diálogo multicultural la suple, con poca suerte, una serie de iniciativas diplomáticas, “semanas de”, o “sesiones de” una cultura foránea.

Por otra parte, los canarios vivimos una etapa muy tardía de concreción y autogestión, de mejorar y ampliar el funcionamiento descentralizado que nos permite la autonomía, y gran parte de las energías se invierten en forcejeos con el Estado central o en la gestión y gestación de proyectos de leyes orgánicamente canarias y regionales. Todas las condiciones favorecen el auge multiculturalista en las islas, pero las energías creativas de la región sólo vislumbran lo multicultural como una variante más de la pluralidad cultural finisecular.

Canarias nunca ha tenido una relación “fácil” con el estado central, y es por ser una periferia históricamente marginalizada, que soportó muchas veces un tratamiento semi-colonial. La lejanía de las periferias europeas crea extrañas jerarquías con sus órdenes peculiares. Se esgrime una diferencia como pueblo que no es todo lo profunda que podía serlo, y se olvidan otras posibilidades. La tricontinentalidad es un caso pa-

radigmático de todas las contradicciones que implica la defensa de lo multicultural en nuestro mundo atlántico. Nos tiende a cegar ante la evidencia de que las relaciones activas en el terreno de la investigación y cruce de ideas con el continente africano o latinoamericano son muy limitadas y distantes, y que tienden a vertebrarse sobre la historia pasada.

Uno de los problemas centrales radica en nuestra condición de “colonizados perpetuos”, de personas sometidas a determinados mercados que nos obligan a producir una cosa en especial. No tenemos la fuerza ni la entereza como pueblo para tranquilamente abrir la puerta a lo multicultural porque estamos secularmente diezmados por la emigración, la sucesión devastadora de los monocultivos, y ahora por una colonización subliminal a través de la industria turística. Ante Europa no somos interlocutores *ex aequo*, no estamos en condiciones, ni lo hemos estado, de rechazar ciertas ofertas. Estos sometimientos conllevan la quiebra de la tradición autodefinidora, y la identidad dispersa, alterada y emigrada no sirve para insuflar una conciencia regional continua. En general nuestra cultura se ha plegado a las exigencias de la industria turística, que ahora mediante el medioambientalismo intentamos recuperar como propia.

No hemos podido evolucionar libremente hacia Africa por la Unión Europea. Vivimos inmersos en la supervivencia espiritual y moral, colonizados por intereses económicos multinacionales que han creado una híbrida cultura del turismo. Los turistas no nos visitan sino que vienen a consumir un paquete vacacional. Si ni siquiera tenemos trato cultural con los alemanes, escandinavos, ingleses, que nos visitan a millones por año, ¿cómo lo vamos a tener con Africa?